

La aristócrata.

Julieta reposaba sobre la alfombra persa, parecían ambas de cera y seda, la una por su ligero brillo y su tersura, la otra porque ni el paso de las horas ni los interminables monólogos de su ama, le hacían ni retorcer el hocico. Un mantel de color púrpura de cara prestancia cubría un escritorio neobarroco de fina caoba labrado con relieves de esculturas ecuestres. En un sillón del mismo estilo coronado por dos grandes penachos se sentaba Giuseppa, viuda del ilustre doctor Piero Albertini, su fragilidad contrastaba con las altura de la estancia. Toda ella olía a flores; a jazmines, a magnolias, a lavanda.

A través de un invernadero con columnas de madera barnizadas de blanco penetraba un gran halo de luminosidad, y la luz se volvía de colores a intervalos, a capricho, como una lluvia de estrellas multicolores cuando un rayo de sol acariciaba las serigrafiadas vidrieras.

En una gran jaula dorada repujada con exquisitas pilastras graznaba con furia Romeo, sus hermosas plumas de tinte verde azuladas brillaban con altivez. Y mientras la sirvienta Corina limpiaba el interior de su morada él profería chillidos - ¡Abajo Mussooolini!- - ¡Viva Itaaalia!-

Las pesadas cortinas de tafetán rosado estaban engalanadas por un dosel de madera con incrustaciones doradas que ofrecían aún más suntuosidad a esta sala oval, tan fría y recargada a la vez . Un mueble armero con valiosas piezas llamaba la atención por sus grandes proporciones. Una lámpara de cristal descendía como una liana endemoniada hasta a escasos dos metros sobre el centro de la estancia, en la cual desde hacía unas cuantas horas Giuseppina con todo encanto y parsimonia confeccionaba unas bolsitas de tela y las llenaba con lavanda. Y como un ligera musiquita de fondo se la escuchaba murmurar, dirigiendo sus palabras a una urna funeraria de alabastro y motivos dorados depositada sobre el escritorio.

-Piero querido, se acerca el invierno... y, a Julieta cada vez le cuesta más andar, ya no brinca, y mueve la cola como antaño, la bronquitis se le ha curado, si, se le ha curado, pero, se hace vieja como nosotros. Teníamos planificado viajar a Munich, en la primavera, pero, quizás... para entonces ella, no pueda acompañarme, ya esta enfajada y, en unos meses, tendrán que operarla de la columna, claro, si, ya, va a cumplir catorce años. Espera... es que me dan estos golpes de... tos...vamos... que... casi me ahogo... Ya estoy terminando de hacer... otra bolsita... para los armarios...espera, es que, cuando me da... el golpe de tos me... entran varios seguidos...

Mis viajes sepulcrales ya sólo los realizo entre sueños, me escasean las fuerzas y las almas casi ya no vienen a casa, las veo pasar por el patio entre sombras pero ya no me prestan cobijo, me estoy haciendo vieja, muy vieja, tanto que no sé si encontraré el camino de regreso...

A Romeo, tendremos que dejarlo, aquí, Corina lo va a cuidar durante unos días, pero no te preocupes, ellos se entienden de maravilla, ya sabes que ella... fue la que le enseñó a decir esos disparates que a ti tanto te gustan. Ahora ha aprendido a decir “me estoy muriendo” “muriendo” cuando el médico me visita, y cuando se va “estoy resucitando” “resucitando “...- Ja, ja, ja- es que me entra la risa, porque esta Corina y Romeo son un gran dúo, no tienen desperdicio los dos. Él sigue saludándome con sus “buenos días Giusepiiiiiina” Giusepiiiiiina” “piiiiiina” “ppppppiiiiina” cuando a cualquier hora del día me ve entrar por el salón .

Mira, que gracioso, me ha quedado muy coqueto este saquito con las florcitas bordadas en punto....de cruz... Cuando aparece tu sobrino, a hacerme la visita, la del mes, para recordarme cuanto me aprecia y me quiere, el muy listillo de Romeo salta y exclama “huelo a herencia””huelo a herencia”... tu ya sabes quién se lo ha enseñado... y entonces tengo que cerrar la puerta para no escuchar sus graznidos. Pero igual Donato ni se inmuta y el primer Domingo de cada mes a las once en punto aparece en el vestíbulo, él quiere que te dejemos en

el panteón de la familia... siempre se ofrece a resolverme todos los problemas bancarios, y hace el besamanos que tanto me incomoda. Julieta sigue ladrándole... y eso... que sus fuerzas ya son más bien escasas, ya no es tan ágil para orinarse en los pantalones de Donato... sin que él se de cuenta claro. Estoy pensando que nos vamos ir las dos a dar ese último viaje que teníamos preparado antes que llegue el invierno.

- ¿Cuanto hace que ha muerto?

- Unas siete horas, señor Albertini.- contestó entre sollozos Corina- La señora tuvo un ataque de tos, de esos repentinos como le daban últimamente, y sin darnos cuenta pues se...

-¿Y por qué no me han avisado antes?- la interrumpió bruscamente Donato, clavándole sus ojos airados mientras le entregaba su abrigo y el sombrero.

- Señor, si lo hicimos, pero usted se encontraba en la opera. No había forma de poderle localizar y el doctor vino enseguida pero ya la señora...-se atrevió a contestarle tímidamente mientras miraba hacia el suelo y escuchaba sus pasos veloces alejándose del hall principal.

Julieta empezó a ladrar cuando Donato pasó apresuradamente por su lado, y como respuesta recibió un pequeño puntapié del nuevo amo de la casa. Rápidamente a trompicones se escondió debajo del secreter en el primer piso, sus desconsolados aullidos se pudieron escuchar hasta en las afueras de la residencia. Donato subía las escaleras de mármol de carrara de tres en tres escalones, y dio de nuevo rienda suelta a su ofuscación cuando ordenó que encerraran al escuálido animal en el sótano.

Los aposentos de la difunta señora de Albertini estaban decorados con suma elegancia, los frescos del techo de inspiración griega- clásica habían sido restaurados en la última década por renombrados artistas nacionales. Unas cascadas de hojas a modo de lámpara ofrecía una

armoniosa luz al dormitorio. El amplio vestidor con incrustaciones de coral y el baño principesco se situaban a la derecha, a su izquierda por una suntuosa balconada de piedra orientada al sur penetraba en las horas matutinas tal luminosidad que los cuadros antiguos ubicados en el pasillo parecían en esos intervalos de tiempo ser bautizados con una renovada energía. Todo resultaba armonioso.

Un hedor particular y espesadamente caprichoso penetró en la nariz de Donato antes de llegar a la segunda planta. Se tapó la nariz por unos segundos mientras un amago de náuseas se apoderaba de su cuerpo. Distinguió la estancia con ojos despavoridos mientras entre sombras distinguió una losa, estaba rodeada de desconocidos, muy livianos, con rostros desencajados y huecos que alzaban las manos sin percatarse de su presencia. Quiso huir, quiso gritar mientras que el contacto de una mano en su hombro disipó la escena. Miró hacía atrás pero no distinguió a nadie. El sudor indomable le recalcitraba el cuerpo. Se agarró por unos segundos al marco de la puerta y sin atreverse todavía a entrar contempló la cama. A Giuseppa la habían depositado en el centro de la sala sobre su enorme camastro con doseles dorados y columnas salomónicas, la colcha era de seda azul con hermosos bordados de colores. El suelo era una obra maestra en taracea de afanados artesanos. La dama parecía embalsamada, su tez era como de porcelana fina, por sus labios apenas cerrados destellaba el marfil y por su rostro viajaba conscientemente un sentimiento de paz. Cuatro cirios dorados de talla clásica habían sido colocados en cada extremo de la cama, el sosiego de la lumbre paralizaba aquellos instantes. A los pies del tálamo sentados en cómodos butacones de terciopelo azul el jardinero y dos de los sirvientes rezaban en silencio. Alzaron bruscamente la mirada cuando el Heredero de los Albertini hizo acto de presencia. Tras su airado rostro las palabras se sucedieron ipso facto.

-¿Dónde están los de la funeraria?, ¿Por qué no han llegado todavía?

-Si vinieron, pero...Señor, trajeron el ataúd equivocado, no trajeron el de caoba sino uno de inferior calidad y en las próximas horas volverán para meterla en la caja- contestó el jardinero levantándose de su asiento.

- ¿Y por qué no se la han llevado igualmente de aquí? Lo del ataúd lo podrían haber arreglado después. ¡Dígale a Corina que llame, y que vengan cuanto antes!.- Donato abrió los dos grandes ventanales del balcón y permaneció en él por unos segundos, mientras dirigió la carga de su mirada a los sirvientes.

-Si, si Señor. – respondió el jardinero aliviado de poder abandonar la habitación.

En el dormitorio había un intenso olor a flores, cinco coronas estaban distribuidas por tan espaciosa sala, resultaban esplendorosas y sus dulces aromas recorrían cada rincón. Pero tan hermosos presentes no embaucaban el olfato de todos, Donato sentía en todas ellas la sombra de la muerte, y el olor a podrido que sólo él percibía le hizo abandonar a grandes pasos la estancia.

-Donato ¿En cuanto dices que está valorada esta villa? Esto es más bien un palacete. Ahora entiendo por qué visitabas a la vieja cada semana. Por lo menos tiene que costar unos 5 millones,¿Y dices que no sabes si tu eres el único beneficiario?- preguntaba el Sr. Buoti, socio del sr. Albertini.

- Esta monada del 1920 esta valorada en unos 8 millones, tiene unos 9.000 metros cuadrados el recinto, con estanque, jardines de planta francesa y pequeña casita para las visitas, además de una cuadra en desuso en la zona norte. Los terrenos han pertenecido a los Albertini desde hace varios siglos y mi Abuelo mandó construir esta residencia que en aquellos años se encontraba a las afueras de Roma, después fue mi tío el que la heredó.

-No está nada mal como capricho, pero mantenerla tiene que resultar un poco caro.

- Por ese motivo quisiera ponerla en venta, pero primero tengo que arreglar lo de la declaración de herederos. Vamos, aparca ahí en la entrada, es igual, no hace falta que metamos el coche en los garajes.

- Por lo menos ya saben que has llegado, no dejan de observarnos.

-¿Quién?

- Y yo que se, ahí arriba en el primer piso, desde detrás de esa cortina.

-Gilberto, ahí no hay nadie. Yo ya despedí a todo el personal hace dos semanas.

-Pues yo juraría que alguien nos estaba observando. He visto una silueta.

-Si claro, los fantasmas. Vamos a entrar, y déjate de cachondeo que en una hora se va a hacer de noche.

El viento soplaba con tal intensidad que los portones de hierro forjado de la finca se abrieron y cerraron violentamente, con tal estrépito que unas parejas de cuervos posados en los árboles de los jardines inferiores se espantaron y emprendieron el vuelo al unísono. En las dos últimas semanas las intensas precipitaciones caídas en la comarca habían teñido los exteriores del costado noreste de un musgo verde. Un manto de hojas marchitas cubría el porche principal, la gruesa capa mojada era tan resbalosa que se hacía difícil mantener el equilibrio. Un helado frío de diciembre se había apoderado de la residencia. Había un intenso olor a flores. Unos crespones negros estaban aún amarrados al tirador de la puerta.

-Gilberto, después te enseñé la casa, es mejor no entretenernos, ahora vamos a los sótanos, tenemos que recoger algo.

-¿Que vas a hacer con tantos muebles? Aquí hay verdaderas antigüedades.

-Menos un par de recuerdos familiares el resto será subastado próximamente.

-Esto es un pequeño laberinto. ¿Adonde llevan esas puertas del fondo? ¿Aquí hay doble sótano?

- En esas salas se encuentran los trofeos de caza de mi tío y mi abuelo. No mires por todos lados, no seas tan curioso. ¡Ven ayúdame aquí a meterlo en el saco!.- gritaba Donato desde una habitación colindante en el sótano.

- ¡Que asco! ¿Que hace este perro aquí muerto?¡ Pero... primero quítale la cadena del cuello, que lo vas a degollar!

-¡Qué más da, si de todas formas esta muerta!. ¡No mires con esa cara de asco y ayúdame! Sólo es una decrepita perra. Se ha tenido que morir esta noche, ayer por la mañana aún estaba viva. Agarra el saco y yo la meto dentro.

-Está en los huesos este bicho...mejor así... pesa poco.

-Gilberto, vete con el coche, y tira el saco en el basurero sur, esta cerca de aquí a unos diez kilómetros, ese no está vigilado de noche.¿Que te pasa? ¿No querías ayudarme? ¿O prefieres enterrarla en los jardines? Vamos, eso lo haces en veinte minutos y luego vuelves.- le dijo Donato dulcificando en los últimos segundos su voz.

-Ya me debes otro favor. Lo tiraré al basurero. Yo no me gano la vida como enterrador.

No se si dejar el saquito como regalo de Navidad delante de la puerta de mis suegros.

-Déjate de bromas y hazme el encargo!, cuando vuelvas me llamas al móvil y te abro la puerta.

-Igual ni vuelvo, este caprichito de tu abuelo parece la casa de los horrores. Yo aquí no me quedaría ni una noche. Ehh,...y no decías que estábamos solos... ¿Entonces quién tararea esa cancioncilla lastimera?

El suelo de parquet del primer piso cedía por segundos emitiendo chirridos tras los pasos del sr. Albertini. Por el ala de la derecha sólo la última puerta se encontraba abierta, por la cual penetraba una escasa luz que iluminaba apenas el pasillo. Él se guiaba casi a oscuras, dirigiendo su paso firme al comedor oval. En un principio pareció que la pesada doble puerta

de madera había sido cerrada con llave, pero tras un segundo intento cedió el picaporte sin apenas esfuerzo, lentamente la fue abriendo y desde el pórtico observó la sala con detenimiento. En la gran jaula dorada distinguió a Romeo que tranquilamente se rascaba con el pico su bello plumaje, no se inmutó, no dejó sus quehaceres ni siquiera cuando Donato se aproximó e intentó abrir su jaula. Tras escuchar unos pasos simultáneos, Donato miró hacia atrás. Seguía escuchando pasos que se acercaban, pero no vio a nadie.

-¡Buenos días Giusepiiiiiina! ¡Giusepiiiiiina! ¡Pinnnnna! ¡ppppppiiiiiiiiina!- graznaba Romeo.

-¿Tía Giuseppa?...Estas ahí...¿Has vuelto a hacerme una última visita? Yo he venido para recoger las últimas cosas y te estaba esperando.

Giuseppa....Tía... no te escondas...te siento... estás aquí.

Súbitamente las cortinas se cerraron tras el invernadero. La sala quedó casi a oscuras.

El sr. Albertini se apoyó en los muebles torpemente para intentar no caerse, escuchaba unos pasos a su alrededor, nítidos, profundos, cercanos y sintió un espeluznante frío en su espalda. Cogió lo que creyó que era un jarrón y lo precipitó en dirección a lo que distinguió como una sombra. Con la otra mano arrastrándola sobre el escritorio buscaba a tientas el interruptor de la tulipa. La escasa luz alumbró una parte de la estancia. Donato se agarró a la silla con desesperación. Su pulso era irrefrenable, tanto; que le había casi cortado la respiración, se sentó en la silla, tomó aliento, quiso emitir una palabra, no pudo, no, no podía, algo le paralizaba, cogió la urna funeraria del sr. Albertini entre sus manos. Tomó aliento y se puso de pie y alzó la voz.

-Tía Giuseppa....he venido para que me digas la combinación de la caja fuerte...dime donde la tienes.

Mientras un frío le calaba hasta los huesos el olor a flores se hizo aún más penetrante

-Tía...mi queridísima tía Giuseppina... si, no me lo dices, mataré a Romeo...- Donato no dejaba de dar vueltas sobre sí mismo, mientras seguía sosteniendo en sus manos los restos de

su tío- ¿Has visto lo que he hecho con Julieta?, la pobre, pobrecita, si, sufrió mucho, no sabes como se retorció cuando la ahogue con la cadena...se le salieron los ojos de las órbitas.

Con un gran estruendo un autorretrato del Abuelo cayó al suelo. Adosada a la pared una gran caja fuerte quedó al descubierto, Donato empezó a acercarse, lentamente, la combinación de la caja empezó a moverse, tres a la izquierda, dos a la derecha.....- Tía muy bien, nos estamos entendiendo- . Con un último clip la caja se abrió. Con desesperación dejó caer la urna al suelo y hurgó entre los papeles, los iba arrojando con desdén. Encontró un cofre con hermosas joyas y las lanzó contra la puerta de la entrada y quedaron allí como excrementos dorados sobre el último grito de cenizas calladas. ¿Donde está el último testamento? Esto son sólo facturas.¿ Donde lo has guardado? Vieja zorra, esta es tu última oportunidad...Con tres zancadas llegó hasta el mueble armero agarró una pistola inglesa del siglo dieciocho y la cargó con pólvora. Apuntó a Romeo que graznaba despavorido...

-Me estoy muriendo de ganas por abrirle la tapa de los sesos.-metió la pistola entre los barrotes de la jaula e intentó apretar el gatillo.

-Donaaaaaato.....Dona...Donaaaaaato...- El loro con los ojos en blanco emitía, y emitía una voz cavernosa.

-Donaaaaaato....

El arma explotó en sus manos. La jaula saltó en pedazos y se convirtió en un amasijo de hierro. El olor a pólvora quemada impregnó el salón. Por la onda expansiva los cristales del invernadero saltaron en pedazos. El heredero de los Albertini yacía apenas reconocible y moribundo envuelto en ensangrentadas plumas sobre la hermosa alfombra de seda, mientras toda la estancia volvía a oler a flores; a jazmines, a magnolias, a lavanda.